

Pensamiento y vida: La coherencia del profesor

Publicado en *Vanguardia Educativa* (Monterrey, México), nº 11, 2013, pp. 18-19

María Rosa Espot y Jaime Nubiola

El profesor que trata de articular unitariamente su pensamiento y su vida no solo es un ejemplo vital para sus estudiantes, sino que además les hace pensar. La credibilidad de un profesor va unida siempre a la coherencia que muestra en su quehacer diario entre pensamiento y vida. Los alumnos quieren profesores *auténticos*: solo en estos realmente confían y tienden a seguir su ejemplo. A su vez, la confianza de los alumnos exige al profesor un programa de vida coherente, es decir, exige al profesor que viva lo que enseña o al menos procure vivirlo. En este sentido, el ejemplo del profesor es decisivo en su misión formadora: para hacer pensar a sus estudiantes un profesor debe primero pensar mucho, debe cuidar su vida intelectual.

Profesores auténticos

Los profesores auténticos son los profesores que se muestran —en el aula y fuera de ella— tal como son. Son profesores fieles a sus convicciones, leales, sin vaivenes ni altibajos en el trato con los estudiantes, que cumplen las promesas hechas y no tienen reparo alguno en admitir una equivocación. Amantes de su profesión, hacen de su ejercicio intelectual y de su práctica docente un elemento de servicio a los demás y no un elemento de vanidad o de acumulación de méritos para hinchar su currículum. Son personas convencidas de la capacidad humana de aprender y abiertas a las inquietudes profundas de los jóvenes a quienes —no dudan— hay que comprender y querer. Son profesionales que transmiten pasión por lo que hacen.

Los profesores auténticos saben escuchar y ponerse en los zapatos de sus alumnos. No obran precipitadamente, sino que son pacientes y asequibles. Convencidos de cuál es su misión están dispuestos a ayudar a sus alumnos con solicitud, dedicándoles todo el tiempo que sea necesario. Como escribió Kierkegaard, "ser maestro no significa simplemente afirmar que una cosa es así, o recomendar una lectura, etc. No. Ser maestro en un sentido preciso es ser aprendiz. La educación comienza cuando tú, maestro, aprendes del aprendiz, te pones en su lugar de tal forma que puedas entender lo que él entiende y del modo en que él lo entiende, en el caso de que tú no lo hayas entendido antes, o si lo has entendido tú antes, le permitas a él someterte a examen de forma que pueda cerciorarse de que te sabes tu papel".

Ser coherente

Coherencia es conexión, relación o unión de unas cosas con otras. Es también una actitud lógica y consecuente con una situación, unos principios o unas obligaciones. La coherencia, entendida como unidad de vida, es una exigencia para quienes tienen la responsabilidad de formar a otras personas. Ser coherente significa que lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace coincidan, es decir, sean concordantes. Los alumnos esperan

siempre que sus profesores hagan lo que *deben hacer* y hagan lo que *dicen que hay que hacer*. Cuando advierten un contraste entre lo que sus profesores dicen y hacen, se desconciertan. Los estudiantes quieren que sus profesores sean coherentes y la incoherencia de sus padres o sus profesores les decepciona profundamente.

El profesor ha de ser consciente de que lo más importante que enseña al alumno no es lo que dice sino lo que hace. No basta con *enseñar*, sino que hay que *vivir* lo que se enseña, es decir, hacerlo vida de la propia vida: ese es el mejor argumento para los jóvenes; el ejemplo es el argumento más convincente. Para ello, por supuesto, el profesor ha de estar realmente convencido de lo que dice y ha de actuar en consecuencia. Sus palabras y sus obras no pueden contradecirse. La coherencia le legitima ante sus alumnos. Los jóvenes retiran su confianza a los profesores que con su conducta contradicen sus propias palabras o convicciones.

La vida intelectual

Solo si los profesores cultivan personalmente su vida intelectual —pensar, leer, escribir— podrán *contagiarla* a sus estudiantes. La afición a leer y a escribir —que es el alimento de la libertad interior— viene a ser como la gripe, que pasa de unos a otros sin que sepamos el modo concreto. Los profesores entusiasmados por los libros leen y hablan de sus lecturas en sus clases y en sus conversaciones, tanto con los colegas como con los estudiantes. Si un profesor solo hablara de fútbol demostraría con su vida que lo que enseña en sus clases quizás en el fondo no le llena, no cautiva su atención.

Por el contrario, el profesor empeñado en cultivar su vida intelectual se aleja de la rutina, el conformismo y la mediocridad, tres situaciones funestas que arruinan cualquier intento de formar a jóvenes capaces de aprender, crecer y madurar. En este sentido, puede decirse que el empeño personal del profesor por ser un modelo inspirador, esto es, un buen ejemplo para sus alumnos, ayuda también al propio profesor a ser mejor. Así, el educador que lee libros para poder aconsejar los que le han gustado a sus estudiantes es mejor profesor que el que no lee —"no tiene tiempo", dice— y simplemente se limita a remitir a los alumnos a una lista de libros recomendables que no ha leído. Quien recomienda a sus estudiantes que escriban, pero no escribe él convierte en odiosa esta actividad. Como dice el refrán, nadie da lo que no tiene.

La sociedad necesita gente que piense por su cuenta y riesgo, y los profesores somos quienes podemos enseñar a hacerlo. "No querría con mi libro ahorrarles a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimularles a tener pensamientos propios", escribió Ludwig Wittgenstein en el prólogo de sus *Investigaciones filosóficas*. Algo parecido querríamos decir siempre todos los profesores, pero para ello debemos empeñarnos nosotros también en pensar por nuestra cuenta y riesgo, cultivando nuestro espíritu.

La ejemplaridad del profesor es un deber y a la vez un atractivo que persuade y mueve —por convicción— a los jóvenes, pero es también un ideal al que todos los docentes debemos aspirar. En particular, el buen profesor aspira a cuidar siempre su vitalidad intelectual —leer, escribir, pensar— para poder así contagiarla a sus alumnos.

María Rosa Espot (Barcelona) es Licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad Autónoma de Barcelona y Doctora en Humanidades por la Universitat Internacional de Catalunya. Desde 1978 es Profesora en el Colegio La Vall de Bellaterra (Barcelona). Es autora de los libros *La autoridad del profesor. Qué es la autoridad y cómo se adquiere* (2006) y en colaboración con J. Nubiola, *Aprender a divertirse* (2011). **Contacto:** mrespot.lavall@institutio.org

Jaime Nubiola (Barcelona, 1953) es Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra, España. Entre sus libros se cuentan *El taller de la filosofía*, *Pensar en libertad*, *Invitación a pensar* y en colaboración con F. Zalamea, *Peirce y el mundo hispánico*. Es director de la revista *Anuario Filosófico* y director del *Grupo de Estudios Peirceanos*. **Contacto:** jnubiola@unav.es